

cargas que se le habian embargado el dia de su prision y debian estar ya en poder de la Audiencia.

Nada se inferia de las declaraciones de los testigos, y D. Frutos Delgado propuso á los demas oidores, que se sujetara á D. Antonio á la prueba del tormento.

En aquellos tiempos el tormento era una prueba usual en los tribunales civiles y ordinarios, y aquella resolucion tomada con el Tapado, nada tenia que saliera del órden común.

El fuego, la garrucha y el potro, eran auxiliares de la justicia para ayudarla á obtener del reo una confesion.

En la Edad Media se inventaron torturas infernales que se aplicaban á los infelices que caian en poder de ese monstruo que se llamaba entonces la justicia.

Estos tormentos los conocian vagamente los que no habian vivido en las cárceles, pero los pintores de retablos los esponian al público atribuyendo á los ánjeles rebeldes invenciones que eran propias de los que se aplicaban nombres sabios y honrados, y presentaban cuadros del infierno, en los que no hacian sino retratar lo que pasaba en las cárceles.

Atravesar la lengua del soldado blasfemo, como lo mandaba la ordenanza, con un hierro caliente, ¿podía ocurrírsele mas que al demonio?

Consumir á fuego lento la mano del que atentaba á las personas reales, ¿podia practicarse sino en el infierno?

Colgar á un hombre ó á una mujer en la garrucha, tenderlos en un potro, llenarlos de agua como si fueran un tonel vacío, calzarles el infernal borceguí de hierro que se estrechaba triturando los huesos y haciendo del pié una masa informe y asquerosa, atarles una contra otra las piernas

XXIV.

En donde se cuenta lo que hizo la Audiencia con el marqués de San Vicente *el Tapado* como le llamaba el vulgo.

COMENZADO se habia el proceso criminal contra D. Antonio de Benavides, llamado el marqués de San Vicente por sus partidarios y *el Tapado* por la generalidad de las gentes.

El delito de que se le acusaba era el de haberse falsamente supuesto castellano de Acapulco, y haber por eso llegado á Veracruz con tal fausto.

Ciertamente, aunque D. Antonio de Benavides hubiera sido un impostor, la severidad desplegada contra él por la Audiencia, era injusta, que crimen como el que se imputaba á Benavides, ni tenia gran pena por la ley, ni era capaz de trastornar un reino, porque hasta el dia de su prision no habia hecho el Tapado otra cosa que referir á sus amigos en lo particular que venia despachado con mision del rey, pero nada mas.

Habíasele ya tomado su declaracion y exijídosele que presentara y entregara sus papeles, y á todas estas requisiciones habia contestado que sus papeles existian en las

entre dos planchas, y luego hincar con un mazo una cuña de acero entre las dos rodillas haciendo estallar los huesos como si fueran de cristal, arrancarles las uñas, geran estos procedimientos que podian esperarse entre los hombres?

Quizá haya quien crea de buena fé que la civilizacion y el progreso no son sino vanas palabras, pero ese no necesitará sino leer los códigos de todas las naciones en la Edad Media y encontrará sembrados por todas partes cargos de bárbara ferocidad y de estudiada tiranía.

Las cuestiones de tormento se tratan por los autores de aquellos tiempos con tanta sangre fria como pudiera hoy una cuestion literaria, y lo que hoy no se oye contar sin estremecerse, entonces se escuchaba como cosa de poca importancia.

Era un procedimiento aquel, estaba en los códigos y en los autores.

Pero es necesario estudiar esa leislacion olvidada; es necesario conocerla, porque aun hay quienes prediquen "los buenos tiempos de antes;" aun hay quien suspire por la luz rojiza de aquellos dias.

Felizmente la humanidad no da un paso atras, y si lo diera, las primeras víctimas serian los apóstoles del retroceso, porque la historia del toro de Falaris, es en el mundo una de las lecciones mas sabias y mas profundamente ciertas.

Y las revoluciones que devoran como Saturno á sus hijos, no son nada mas las que tienden al progreso de una nacion del mundo, sino tambien las que tienen por bandera el retroceso, ó el *statu quo*.

Porque los partidos políticos son como Tántalo; siempre

tienen al alcance de su mano el término de sus aspiraciones, y los siglos pasan y nunca pueden llegar á aquel término, los unos caminando hácia adelante y los otros hácia atrás.

Y siempre sacrifican á sus caudillos porque siempre piensan que no les dan cuanto debieran darles.

Pero la humanidad como un niño que comienza á andar, avanza, retrocede, cae, levanta, y sin embargo, gana siempre terreno; y apenas alcanza á contemplar con la mirada de su historia el punto de donde ha partido, aunque tambien es cierto que apenas puede con la luz de la filosofía descubrir mas que un corto trecho del camino que tiene delante.

Las jeneraciones, que vivas ríen de las que ya pasaron, pero no escuchan en el porvenir las sardónicas carcajadas de las jeneraciones que deben sucederlas; si esto no sucediera, ningun siglo hubiera tenido el orgullo necio de llamarse *el siglo de las luces*, y este orgullo lo han tenido muchos.

Quizá dentro de doscientos años nuestra leislacion será considerada tan bárbara, como consideramos ahora á la que buscaba la prueba por medio del tormento.

Pero en el año de 1683, la Audiencia determinó dar tormento á D. Antonio de Benavides para que *declarase sus intenciones y mostrase sus papeles*.

D. Antonio fué despojado de sus vestiduras, y se le colocó en la garrucha; sus manos atadas con delgadas cuerdas sostenian todo el peso de su cuerpo, con las puntas de los piés tocaba apenas el suelo y esto es lo que hacia mas horroroso aquel tormento.

La víctima en aquella posicion sentia la tierra tan cerca de sus piés, que instintivamente se esforzaba para alcan-

zarla, para descansar de los atroces dolores que sentía en las manos; en donde se introducían entre las carnes las cuerdas, y en los hombros, que parecían desarticularse.

Pero el tormento no parecía bastante agudo, y se suspendían á los reos de los dedos pulgares.

El sufrimiento era espantoso; la lucha para llegar á poner en tierra los piés, hacia mas agudos los dolores, y por una especie de fascinación casi siempre aquellos infelices sentían crecer sus brazos, y pensaban alcanzar apoyo en el suelo y hacían otro esfuerzo, y era no mas que un medio para sentir mayor martirio.

Aquellas cuerdas de donde pendía el reo pasaban por una garrucha, á la que debía su nombre el infernal suplicio, y esa garrucha permitía levantar el cuerpo suspendido en la estremidad de las cuerdas, y se le daban de cuando en cuando ligeras sacudidas, levantándolo un poco y volviéndolo á dejar caer de golpe, á fin de que sus manos y sus brazos sufrieran aquel rudo sacudimiento.

Benavides fué suspendido en la garrucha, y se comenzó con él á ejecutar toda aquella horrorosa maniobra.

D. Antonio estaba densamente pálido, un sudor copioso bañaba su frente, en la que se pegaban algunos mechones de cabellos. No había proferido una sola queja, y solo de cuando en cuando dejaba escapar una especie de ronquido apenas perceptible.

D. Frutos presenciaba la ejecución.

—Decid la verdad, si no quereis que siga el tormento—decía este—ó á vuestro cargo será si quedais lisiado gravemente.

—Qué quereis que diga?—contestó con voz ronca D. Antonio.

—Adónde están vuestros papeles y qué intenciones os guiaban á la Nueva-España.

—Mis papeles vos sabreis de ellos, mis intenciones en ellos las leereis—ya os lo he dicho.

D. Frutos hizo una señal; las garruchas crujieron, el cuerpo de Benavides se elevó un poco y volvió á descender, sin tocar á tierra, y resistiendo sobre los dedos pulgares que tenía atados al cordel todo el peso de su cuerpo.

—¡Jesus!—esclamó á media voz, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y se mordió el labio inferior como para contener un grito.

—Decid lo que se os pregunta—dijo D. Frutos.

Benavides calló y las garruchas volvieron á crujir; pero entonces Benavides estaba prevenido, y no se quejó siquiera; apretó convulsivamente los labios y los párpados, y se puso aún mas pálido.

—¿Insistís en no decir nada?

Benavides calló tambien.

Entonces las garruchas crujieron de nuevo, pero Benavides se elevó mas que las veces anteriores—y el golpe del cuerpo fué mas fuerte.

—¡Jesus me ampare!—gritó el infeliz, y quedó como desmayado; sin embargo, no le quitaron del tormento.

—¿Ann no dices nada?—preguntó el oidor cuando lo miró volver en sí.—Benavides lo miró con ira y calló.

—Pues callamos los dos—dijo D. Frutos.

Y se puso tranquilamente á hojear un libro que llevaba bajo el brazo.

Entretanto Benavides sufría espantosamente.

Así pasaron algunos minutos, que fueron siglos para la víctima.

—Al potro—dijo derrepente el oidor.

Los verdugos aflojaron repentinamente las cuerdas, y Benavides cayó á tierra de golpe como un cuerpo muerto.

Tan espantoso era el tormento, que Benavides se sintió consolado al pensar que iba á variar de especie; seria terrible el que le esperaba, pero era diferente, y esto para él era descanso.

En un momento lo tendieron y lo ataron en el potro; cuerdas que ligándose al derredor de los muslos y de las pantorrillas se apretaban por medio de ruedas que hacian jirar sucesiva ó simultáneamente los verdugos, segun queria el juez—este era el tormento.

—Decid la verdad—dijo D. Frutos

Benavides calló, y una de las ruedas jiró lentamente.

—Hablad—repitió el oidor, y Benavides calló, y jiró la otra rueda.

—Hablad.

—¿Quereis que os diga la verdad? vosotros habeis robado mis papeles para quitarme la defensa: quereis que mienta, y por eso me atormentais—seguid, seguid, matadme; no mentiré, no denunciaré á nadie, no, mil veces no.

Entonces las cuatro ruedas jiraron á un tiempo, y Benavides dió un grito ronco. Y sus ojos brillaron estraordinariamente por un instante y se apagaron luego.

—Hablad.

—No—gritó rabioso Benavides—no, infame—no.

Volviéron á jirar las ruedas—y entonces Benavides, como un furioso, lanzó horrorosas injurias al oidor.

Y jiraron las ruedas, y aquella exaltacion cambió repentinamente en languidez, y Benavides quedó completamente desmayado.

La última vuelta de las ruedas no hizo ya estremecer aquel cuerpo maltratado.

Lo quitaron del potro y lo volvieron á su calabozo.

El infeliz tenia quebradas las dos piernas.

Los oidores conferenciaron entre sí: nada habian logrado obtener de Benavides, pero en cambio estaban ya seguros de que nada obtendrian en lo sucesivo.

Benavides habia resistido el tormento con una fuerza de espíritu increíble.

Su silencio habia salvado al virey: en cambio el virey le habia perdido abandonándole.